

La Cueva de Alí Babá. Irán día a día Editorial Lumen, colección Otras Voces. Autora Ana M Briongos (versión original antes de corrección definitiva)

GHOM Capítulo 8

Delicadas alfombras de seda, las ghom se acostumbran a colgar de la pared o se colocan sobre una mesa como elemento decorativo.

A la cueva de Ali Baba han llegado tres japonesas acompañadas de dos hombres iraníes y otro de facciones achinadas que enseguida identifiqué como afgano. Una de las mujeres que se llama Sachi me dice cuando se presenta que trabaja en la embajada de Japón en Teherán. Es una joven elegante y delicada que habla persa y viene acompañada de su madre y una amiga las cuales se han desplazado a Irán para visitarla por unos días; juntas, aprovechan para hacer turismo. En la cueva la conocen desde hace unos años, me cuenta Rezâ, pues siempre que Sachi va de viaje a Isfahan los visita, no en vano la cueva es un lugar de reunión de forasteros e iraníes con ganas de conversar, un forum multicultural donde cada cual aporta sus opiniones, conocimientos, experiencias, ilusiones..., y esta joven, según he podido apreciar durante la conversación, está enamorada de Irán y se siente cómoda en este país. Los hombres iraníes son dos guías. El más robusto viene con ellas desde Teherán y el otro es el guía específico de Isfahan y lo han contratado para que las acompañe durante los días que pasarán en esta ciudad. Es un hombre bien parecido pero de rostro difícil por lo ceñudo. Me doy cuenta cuando me saluda que no me mira a los ojos, es seco en el trato, enjuto y malcarado; pienso ante su falta de amabilidad que quizá las mujeres no merecen su atención. Al revés el otro guía, un hombre sonriente y campechano entrado en carnes que aunque no habla, me saluda con calidez. El afgano, me dicen, es el chofer; se queda atrás y no da la mano, simplemente hace un gesto con la cabeza para saludar.

La madre y su amiga están interesadas en comprar sendas alfombras de Ghom. Esta ciudad situada al sur de Teherán, conocida por ser uno de los dos lugares de peregrinación más importantes de Irán y del mundo shií en general, se ha especializado desde hace unas décadas en anudar finísimas alfombras de seda. Las más apreciadas son las “tar-o-put”, cien por cien de seda: trama, urdimbre y nudo. El resultado acostumbra a ser una alfombra pequeña de anudado muy tupido y afeitada hasta casi llegar a la trama por lo que se puede doblar y arrugar como un pañuelo. No es alfombra, la ghom de seda, para pisar sino que se acostumbra a usar como elemento de decoración colocada encima de una mesa o colgada en la pared a modo de cuadro pues sus filigranas son tan definidas que, desde lejos, más parecen dibujadas con plumilla sobre un papel que anudadas sobre una urdimbre. Estamos disfrutando de cada una de ellas. Van apareciendo frente a nosotras una tras otra. Hossein las deposita en el suelo y nos hace contemplarlas desde distintos ángulos para que podamos apreciar cómo cambian de color y de brillo según desde donde las miremos. En su interior hay jardines con árboles y pájaros y también arabescos y flores. Cada nueva alfombra arranca una exclamación porque nos parece más hermosa que la anterior, como si Rezâ las tuviera ordenadas según una idea espectacular predeterminada para provocar en el que las contempla un crescendo de sentimientos estéticos. Su precio es elevado. Como su finalidad no es la de cubrir suelos, las fabrican de medidas reducidas. Los tamaños clásicos de este tipo de alfombras son los llamados poshtí 75/85 cm. por 50/55 cm. y zar charaq 1,12/1,20 cm. por 75/80 cm. Una alfombra de Ghom de seda puede tener un millón de nudos por metro cuadrado y todavía las hay de nudo más tupido, nos dice Rezâ que sigue contando como si fuera un maestro que también producen alfombras de seda en Zenjan. Éstas no acostumbran a ser “tar-o-put” sino sólo “tar” (trama) pues la urdimbre, “put”, es de algodón, lo cual las hace más tiesas que las Ghom. En las Zenjan acostumbra a aparecer el color

añil, color del que las Ghom carecen, y sus colores en general son más vivos que las producidas en la ciudad santa. También en Maragheh producen alfombras de seda aunque de menos calidad que las anteriores. Su explicación va acompañada de la correspondiente apreciación práctica por nuestra parte de las diferencias previa muestra de las diferentes clases de alfombras. También nos enseña las que producen los nómadas del norte de la provincia del Jorasán, al noreste de Irán. Éstas son mucho menos refinadas que las que hemos visto hasta ahora pues por algo no son alfombras de ciudad sino nómadas, pero resulta curioso ver alfombras de seda cien por cien, tar-o-put, nómadas, pues éstos acostumbran a fabricarlas de lana, material del que disponen a través de sus propios rebaños. La seda la tienen que comprar y ante mi sorpresa Rezâ dice a modo de aclaración que las producen sólo con fines comerciales. Son muy flexibles y como no las afeitan apurando al máximo sino que cortan el pelo sólo con las tijeras tienen un acabado rústico muy especial. La trama y la urdimbre puede ser de diferentes colores que mezclan pues no le dan importancia a esa diferencia de tonos ni en el fleco. Los dibujos hechos de memoria como acostumbran los nómadas son los típicos del Cáucaso que en este caso compran los hilos de seda ya teñidos sin importarles si éstos son naturales o químicos y, además les encantan los colores vivos como fucsias y turquesas que no existen en la naturaleza. Cuando acaba de darnos esta clase magistral sobre alfombras de seda, retira las zenjan y las nómadas y sigue apurando el montón de las ghom que son las que interesan a las señoras japonesas

La última que nos muestra es apaisada y atraviesa su campo principal un río bordeado de flores, juncos y sauces llorones por cuyas aguas de un azul cielo intenso nadan elegantes unos cisnes y unos patos; cerca de los árboles revolotean las mariposas y en sus ramas cantan los jilgueros, los tan queridos bul-bul persas. Por la más ancha de sus cenefas saltan los gamos entre arbustos y flores. ¡Cómo podrían estos persas seguir una religión que prohibiera la representación de una naturaleza tan excelsa! Paraísos y placeres arraigados desde hace más de dos mil años y siempre presentes en sus artes decorativas y en su poesía. No puedo asegurar que esa sea la razón por la que abrazaron el shiísmo pero sí puedo decir que es precisamente esta la rama del Islam que permite las representaciones de árboles, animales y seres humanos. Fijémonos sino en las alfombras afganas, solamente formas geométricas las adornan, rombos, cruces, octógonos y signos: ellos son sunitas. Ante este espectáculo tan refinado me quito el sombrero, que no el pañuelo, pues eso es imposible, y me dejo llevar por un mar de sentimientos en que la belleza es el centro y la sensibilidad de los diseñadores y de las tejedoras persas su más preciado tesoro. Estoy abstraída y no me he dado cuenta de que ya somos diez los que contemplamos este último jardín, paraíso donde querríamos disfrutar todos nosotros, cuando oh maravilla el guía de Isfahan empieza a cantar una canción serena, suavemente modulada, con una voz intensa y a la vez delicada y profunda. Su canto nos envuelve y llena todos los rincones de la cueva que se ha transformado otra vez en la cueva de las maravillas. En silencio nos vamos acomodando sobre los montones de alfombras. El que canta también se ha sentado en una silla frente a nosotros. Abbas nos sirve té y azúcar. Cuando llega a mí lado y lo miro para darle las gracias veo que sus ojos brillan de una manera especial y que con la mirada me quiere comunicar algo que no llego a descifrar. La canción se hace monótonamente obsesiva, yo ya no toco al suelo ni con los pies, mi alfombra vuela por la estancia y mis pensamientos se han detenido, una paz inmensa me invade y amo al hombre malcarado que me regala este placer de dioses haciendo además que me sienta muy cerca de todos los que me acompañan. En estas ocasiones me doy cuenta que no es una curiosidad antropológica la que me lleva a países lejanos, sino la necesidad de beber en la sabiduría ancestral de las personas que los habitan, de conocer lo que ellos conocen y sienten, de participar de lo que el vasto mundo nos brinda para compartir, ofrecer y recibir. Con esta gente me podría entender, sé que puedo hablar con ellos aunque tengamos culturas bien

distintas, que podríamos entre todos pensar en un mundo mejor y aquí es donde quiero ir a parar, el conocimiento y la educación, saber de los demás y de sus culturas, conocer para entender, para vivir en paz, para progresar juntos. De repente la voz monótona se anima, cambia el tono y la cadencia y unos toques acompasados se empiezan a oír desde el fondo de la cueva, me vuelvo para saber de donde salen. Es el afgano que ha estado todo el tiempo medio acurrucado entre cojines, ha alcanzado un taburete de madera y a modo de tabla inicia un acompañamiento que se va uniendo al canto cada vez más animado. El hombre que canta también sigue el ritmo dando con las uñas en el asiento de su silla. Miro a Abbas y descubro que está radiante. Las tres mujeres japonesas, recogidas como si asistieran a una sesión de meditación, parecen esculturas de porcelana. Cuando termina el canto todos aplaudimos. El cantante se ruboriza, baja la mirada, otra vez ese pudor iraní tan característico, hemos entrado en el mundo persa de la dulzura que es sólo uno de sus mundos. El guía cantor se llama Behruz y nos dice que la canción que ha interpretado es una nana que le cantaba su abuela allí en el Kurdistán persa cuando él era pequeño. Sólo en este momento Abbas, el que nos ha servido el té y que es el más tímido de los chicos de la cueva, un muchacho de pueblo que no acostumbra a hablar con nadie y sólo me dirige dulces sonrisas siempre que me ve llegar, me dice al oído que él también es kurdo y que su madre lo acunaba con esta canción. Le miro a los ojos y veo que tiene las lágrimas a punto de derramarse. Ya no me extraña. Los hombres iraníes lloran. He visto llorar a mis amigos, hombres hechos y derechos portadores de grandes bigotes. He visto llorar a comerciantes del bazar, hombres bregados en los avatares de la vida, personajes astutos en cuestión de negocios, que se ablandan, tiemblan y se dejan llevar por la emoción cuando alguien recita un poema o canta una canción de amor. La verdad es que de momento me sorprende y no sé qué hacer. A Abbas, tan dulce muchacho de veinticinco años y metro noventa de estatura, lo consolaría y arrullaría en este momento pero ya sé que no puedo ni tocarle la mano para comunicarle de forma más cercana que comprendo su emoción, no puedo tocarle porque yo soy mujer y, aunque podría ser su madre por edad e incluso su abuela pues en Irán la ley permite casar a las muchachas casi niñas, siempre hay que guardar las distancias, y Haggí Bâbâ está en su sillón con su traje marrón constatando plácidamente que todo está en su sitio. Contengo pues la mano y el abrazo y como si nada decido hacer unas alabanzas al magnífico cantante. Por primera vez me ha mirado y me ha sonreído, su cara ha cambiado y ya no es aquel hombre rudo y malhumorado que ha entrado por la puerta de la cueva. Las japonesas que ya saben de sus cualidades musicales por lo que veo le piden más canciones a lo que Behrus accede sin hacerse de rogar. Nadie se mueve pues. A mi lado se ha acomodado un hombre joven al que nadie le ha dicho nada más que salom alekom cuando ha llegado y le han colocado un vasito humeante entre las manos pues todos deseamos mantener el silencio para que no se rompa el encanto. Otra canción llena el ambiente y después otra más, Behrus se ha transfigurado y ya es otra persona. Está seguro frente a nosotros y tiene tablas; recibe los aplausos y los halagos como si fuera un artista que está acostumbrado a ellos. Cuando le pregunto si acostumbra a cantar me responde que su profesión en tiempos del shah era la de cantante pop y que era muy conocido, Rezâ y Haggi Baba lo confirman, en cambio Abbas no ha oído hablar nunca de él, es demasiado joven, cuando Behrus cantaba él todavía no había nacido. Como para el resto de cantantes también para Behrus llegó el silencio con Jomeiní y tuvo que cambiar de profesión, ahora en que a los hombres ya se les permite cantar en público no se ve capaz, dice, de volver a empezar. Ha pasado veinte años cantando sólo para su familia y sus amigos en privado y piensa seguir así. Lo dice con una tristeza tal que se nota que es un hombre roto por dentro. Se ve que sin la admiración y los aplausos de sus admiradores no puede vivir feliz y que veinte años de infelicidad le han sumido en una desesperanza que le sale por todas las arrugas de su cara y que reflejan sus ojos aviesos, extraviados, sumamente tristes. Hoy tiene un público de excepción, un

público internacional y está contento. Supongo que le ocurrirá a menudo siendo su profesión actual la de guía turístico pero ese es público de un solo día, al día siguiente ni se acordarán de él los más o simplemente guardarán un recuerdo anecdótico, algo que contar al regresar a casa, el caso de un guía que sabía cantar. Qué pocos habrán sabido que tenían frente a sí a un artista excepcional a alguien que en su juventud era conocido y admirado. Ninguno de ellos seguirá su carrera y sus progresos, ni la evolución de su arte a través de los años, su público ahora es un público efímero que lo más seguro es que piense que tiene ante sí a un pobre hombre que no hace más que un pequeño esfuerzo para distraerlos.

El que se ha sentado a mi lado ha resultado ser un vasco que viaja solo y que al oír desde abajo el canto ha entrado en la cueva y se ha aposentado a escuchar. Ha sido para él una sorpresa encontrarme aquí y le invito a que se quede. Lleva ya un mes viajando por Irán solo. Como es la hora del almuerzo y Hossein quiere que siga la reunión, nos invita a todos a comer en el patio y manda a Abbas a por jormé sabzi, un plato iraní hecho de arroz, verduras y carne.

En el patio han preparado la mesa y dispuesto las sillas. La morera proyecta su sombra recortada hoja a hoja en el suelo y las paredes. Hace calor. El cielo tiene ese azul profundo persa y la cúpula de la mezquita con sus dos acompañantes los minaretes asoman por encima de la tapia. Cuando nos instalamos todavía se oye el claveteo de los artesanos del cobre. Dentro de poco dejarán sus martillos para comer o siestear. También se oye el trajín de carretas y motos que circulan por el sarai y por las callejuelas adyacentes. No se oyen voces, nadie se enfada, siempre palabras, para pedir el paso, para ceder el paso, fórmulas y contención. Después de pedir a Rezâ si no le importa que invite a mi amiga Marian corro a llamarla por teléfono pues estoy segura de que le va a gustar participar de este festejo montado por sorpresa. Como tiene a los niños en la escuela y su marido no va a comer a casa, puede salir sin problemas. Debajo de la morera Abbas y Said nos sirven la comida. Ellos son los que ponen la mesa, ellos los que han ido a buscar la comida y serán también ellos los que después lavarán los platos. Desde que llegué me he ofrecido a colaborar en estas tareas, no me importa servir el té en la cueva a los visitantes, de hecho me encanta pues me siento más integrada en todo este ambiente y tampoco me importa colaborar para que entre todos pongamos la mesa o lavemos los platos. Debo confesar que esto último no me lo han permitido nunca pero sí servir el té y llevar el pan o las cucharas a la mesa. Eso les hace gracia a todos, lo encuentran divertido y se ríen los muchachos del team y esas pequeñas cosas me dan la oportunidad de hablar con ellos, de ganar su confianza. Según he visto la mayor parte de las mujeres iraníes trabajan mucho en casa pero cuando salen dejan que las sirvan y no mueven ni un dedo, se mueven como unas reinas. Reina era Fatmâ y yo con ella cuando su marido Alí nos llevó de excursión a Chahar Mahal e Bajtiarí. Reinas son todas las mujeres que veo en las pizzerías de Isfahan cuando van acompañadas de su marido o sus hijos, ellas con los pañuelos y los chadors sentadas en la mesa esperando, ellos haciendo cola para encargar, pagar y recoger. La verdad es que con el chador es sumamente difícil llevar la bandeja sin que caiga la coca-cola o peor aún, sin que caiga el chador. Por supuesto antes que quedarse sin chador ante la mirada de los hombres siempre es mejor que caiga la coca-cola. Para evitar tal confusión, en la práctica, las mujeres que van con chador no pueden ir solas a la pizzería pues necesitan un ayuda de cámara. Llega Marian que no lleva chador sino un pañuelo Chanel seguramente copiado y comprado en la isla de Kish. Me hace un guiño cuando me ve y enseguida se suceden los saludos, las fórmulas otra vez. El extremo recato, los ojos bajos, Marian se presenta ante Haggi Baba y Rezâ como si fuera una mosquita muerta y, sin embargo, es una mujer marchosa y divertida cuando está en casa con su familia o sus amigas y cuando está a solas conmigo. Siempre en Irán lo exterior y lo interior, el baten y el zaher. Aquí, en la cueva de Alí Baba que es un mundo de hombres, ellos trabajan, ellos cocinan, ellos sirven, ellos limpian, las mujeres somos las

invitadas, yo me he hecho un sitio con el tiempo y ya sirvo el té a veces y llevo las cucharas a la mesa, siempre con abrigo y pañuelo, eso sí, nunca se me ocurriría quitármelo pues si lo hiciera se rompería el encanto y todo cambiaría en un momento, aunque las puertas de la cueva estuvieran cerradas y ninguna autoridad tuviera acceso a ella. El equilibrio que mantenemos se rompería en un instante. La mujer de hají baba va con chador al estilo de Isfahan, hasta con la boca tapada y no se lo quita ni cuando está invitada en casa de unos amigos. No soy yo quien les va a decir como tienen que ir vestidas sus mujeres, y como no soy ni una política ni una antropóloga, sino una persona que está sumamente interesada en llegar a saber qué hay debajo de todas las capas religiosas en las otras personas, y llegar al terreno en que es posible el entendimiento. Si en lugar de estar en Irán el destino me hubiera llevado a vivir con una tribu de Africa, seguramente hubiera acabado con los pechos al aire como hacen sus mujeres, precisamente porque mi investigación no sería la del antropólogo, yo, con el debido respeto a los antropólogos, no iría con salacot y libreta de campo.

Después de saborear un delicioso jormeh sabzi con cuchara y tenedor como hacen los iraníes, nunca con cuchillo, hemos pedido a Behruz que cante de nuevo o que nos recite alguna de sus poesías pues según nos ha estado contando durante la comida es también poeta y en la poesía se refugia para hacer más llevadera su soledad de artista.

Debió enmudecer en un momento dado de la conversación el martilleo y cuando callamos estamos inmersos en el silencio del principio de todas las tardes de Isfahan. Sólo los pájaros que hacen vida en nuestra morera cantan. Hasan aprovecha para regar sus rosales y sus varas de flores y el chorro de agua que sale de la manguera verde de plástico forma un espectro de todos los colores, el agua y el sol nos regalan un pequeño arco iris. Haggi Bâbâ impertérrito contempla lo que ocurre como siempre, como si ya estuviera en otro mundo o como si lo que está viendo ocurriera en una pantalla de cine, mientras nada se salga de su orden él está tranquilo, en su cueva, dentro del sarai, metido en el bazar de la ciudad de Isfahan en el antiguo país de Irán. Behruz canta seguidas dos canciones modernas. Az zamân e shah, del tiempo del shah, me dice en un susurro Haggi Bâbâ levantando una ceja blanca para poder mirarme sin necesidad de mover la cabeza. Las canciones son conocidas pues las saben hasta los jóvenes, lo que confirma la popularidad antigua de Behrus. Después y ante mi insistencia, tres veces se hacen de rogar, tres veces se debe declinar una invitación, tres veces siempre..., abre su agenda y dice que nos va a leer sus últimos poemas. Su voz es profunda, aterciopelada, su dicción perfecta y la lengua persa una lengua para la poesía. Pasaría horas escuchándolo aunque se me escapan muchas palabras porque mi vocabulario no es extenso. Me ha pedido si podía filmarle con mi pequeña sony dv y mandarle una copia y así lo he hecho. Habla de desesperanza, de soledad, de las delicias pasadas, del deseo inalcanzable de volver a saborear un minuto de juventud.

Cuando todos se han marchado, Rezâ y las japonesas con sus guías al interior de la cueva a regatear el precio final de sus alfombras, Javier el vasco a seguir su andadura por las carreteras, los muchachos a su trabajo, Haggi Bâba a su sillón de siempre y Marian a buscar a los niños al colegio, me quedo en el patio para meditar un poco a solas acompañada del barullo del bazar que ya se ha despertado de la siesta. Los golpes sordos de los estampadores de telas que trabajan en un diminuto taller de la azotea contigua me llegan mezclados con los agudos martilleos sobre metal. Las tapias y el cielo de Isfahan me protegen, la cúpula me vigila y veo que detrás de la ventana Abbas distraído está lavando los platos en la cocina. Todo está en orden. Hago un esfuerzo para que el respaldo de la silla y mi espalda toquen al árbol y apoyada en su tronco cierro los ojos.

El pensamiento me lleva a Marian, mi buena amiga, que se acaba de marchar a recoger a su hija al colegio después de pasar un buen rato con nosotros. Mi estancia en Isfahan ha significado para ella algo importante pues mi presencia en su casa le ha cambiado la vida por una temporada. Su marido está encantado que me acompañe en mis visitas turísticas por la ciudad, a algunas cenas en las que si no fuera por ella, debería ir yo sola, o, como hoy, cuando la llamo desde la cueva porque me parece que le gustará compartir algo interesante conmigo. Él está contento porque al regresar a casa encuentra a su esposa dispuesta a contarle feliz, las aventuras del día. Marian es para mí una de esas amistades cómodas. Me siento bien a su lado, nos divertimos, es ocurrente y alegre y sé que si no fuera yo la excusa ella no saldría de casa más que para ir a comprar por el barrio o con su marido o sus hijos o sus parientes cuando vienen de visita desde el pueblo.

También pienso en Anahita, la esposa de un médico, a la que he conocido hace unas semanas al poco tiempo de llegar a Isfahan. Una conocida me había dado su teléfono y la llamé un día. Vino enseguida con su marido a la cueva para conocerme y para invitarme a cenar a su casa. Ella debe tener unos cuarenta años y va absolutamente de negro como van muchas mujeres en Irán, ni una concesión a los colores. No habla más que persa por lo que nos debemos entender en este idioma. Su marido sí habla inglés. Como sabe que he escrito algún libro, la conversación se desarrolla en torno a los ellos y veo que Anahita es una lectora compulsiva. Con el tiempo me daré cuenta de que está literalmente loca por los libros y que ellos son su último refugio. Viven en un piso de unos cien metros cuadrados con un gran salón, cocina americana y dos habitaciones. El matrimonio tiene dos hijos, una niña adolescente y un niño pequeño. El marido está fuera la mayor parte del día porque trabaja en un hospital, tiene que hacer guardias y además mantiene una consulta privada por lo que siempre que nos vemos Anahita y yo no está el marido o éste llega a última hora. A veces voy de visita a su casa acompañada a Marian. Anahita me enseñó su biblioteca el primer día que fui a su casa, una pared con estanterías e infinidad de novelas, traducciones en persa de libros muy conocidos en Europa y de otros no tan famosos. Tiene a los escritores sudamericanos en lugar preferente y me los enseña orgullosa, desde García Márquez a Vargas Llosa, Cortázar y también el escritor que ahora está de moda y cuyos libros se muestran en todos los escaparates, Paulo Coello. A Anahita le gusta Milan Kundera y se ha comprado todos los libros que en persa se han publicado de él. También tiene una estantería con las más famosas novelas rusas. Los franceses Flaubert, Stendhal; americanos, italianos, libros comprados de nuevo y de viejo, libros publicados últimamente y otros publicados en tiempos del shah. Libros que yo conozco y otros que no he visto nunca ni he oído hablar de ellos. Nuestras entrevistas consisten en una retahíla de libros, en pasar lista a todo lo que ha leído ella que es mucho más de lo que nunca podré leer yo. Cuando voy a su casa me recibe hermosamente ataviada. En su casa sí me puedo quitar el pañuelo. Se ha dejado el pelo suelto y muestra una melena ondulada preciosa. Viste de negro con transparencias: una camiseta de tirantes y profundo escote y, encima, una blusa de puntilla, unos pantalones de satén completan el conjunto. Yo se lo agradezco y veo que el día que la conocí en la cueva, tapada con su pañuelo y su abrigo obligatorio me pareció una mujer poco agraciada, en cambio la transformación ha sido total sin el uniforme islámico es una mujer muy atractiva. Dentro de casa todo está permitido, en la intimidad está el placer y en la vida privada tiene una la oportunidad de mostrarse tal cual es y ella me ha hecho el honor de ponerse sus mejores galas para recibirme. La primera vez fui con Marian y la tarde resultó más tensa para Anahita pues Marian es mujer de bazarí como bien pronto se encargó de verbalizar Anahita sin ningún pudor aunque muy bien dicho al estilo persa, dardos envenenados como si fueran flores y, dado que las mujeres de bazarís no tienen cultura ni han leído casi nada, dijo textualmente, se aburrirá en

una reunión como aquella. Marian que es una mujer tranquila, segura de sí misma y está también segura de mi aprecio y sabe que la considero una mujer inteligente, no se inmutó. Anahita me persigue y noto que me quiere monopolizar y me doy cuenta que soy para ella un rayo de luz, un contacto con el exterior, una manera de huir del corsé que la tiene enclaustrada, otra manera de huir aparte de la que le ofrecen sus queridos libros salvadores. Y eso que trabaja tres horas al día de dentista pero se siente encerrada aunque no lo expresa verbalmente, en ningún caso se ha dejado llevar criticando a su país ni a su régimen, quizá porque no quiere dar una mala imagen de él, quizá porque llegar a expresarse con sinceridad en Irán es a veces difícil, quizá porque sabe que vivo, precisamente, con una familia bazarí y que los bazarís tienen fama de ser muy religiosos y hay que ir con cuidado. Anahita vive gracias a sus fantasías literarias que le permiten volar más allá de lo que la cerrada sociedad de Isfahan le permite. Está educando a sus hijos para que conozcan lo que el mundo grande, no el pequeño, dice, ofrece y les compra o pide prestados todos los libros que para niños le parecen interesantes. Lo último que les ha descubierto han sido los tres tomos publicados en Irán de Harry Potter que los niños iraníes devoran en persa igual que hacen los niños de otros países y me ha recomendado que se los regale a los de mi casa pues además de leer ella y su familia Anahita hace proselitismo y no comprende cómo es posible vivir sin libros. Como los libros son caros y lo que gana su marido como médico no es mucho y la aportación económica de ella es poca, me dice, lee primero los libros que se los dejan en préstamo en las librerías que hay en el centro comercial situado frente al hotel Abbassí y, evidentemente lee muchos más de los que compra. Acostumbro a visitar con frecuencia las librerías de este centro comercial y hasta que me lo comentó Anahita no sabía que además de vender también se dedican al préstamo. Me ha parecido una labor muy útil en un país como Irán en que la cultura está mediatizada por la religión y en que las bibliotecas están dirigidas por funcionarios del gobierno o por alguna autoridad religiosa que viene a ser lo mismo. A veces cuando me paseo entre estanterías de libros en alguna de estas tiendas, veo pasar a Anahita, siempre yendo y viniendo, obsesionada, con libros debajo del brazo, libros que aseguran su zona de libertad y la veo como una hada negra que con su varita mágica llena de fantasía este mundo estrecho.

A Zeinab, doctora en historia, especialista en Al Andalus y profesora en la universidad Al-Zahra de Teherán, la he conocido en el Centro de investigación islámica Emam Amir Al-Mu'minin de Isfahan. Como para ir al bazar desde casa me he acostumbrado a tomar casi todos los días la avenida Abad Ahmad que con el nombre del poeta Hafez después, desemboca en la gran plaza Naqsh-e-jahan, he observado que en la esquina de esta avenida con la de Neshat hay un edificio nuevo decorado con mosaicos y rodeado de jardines con flores del cual salen grupos de estudiantes con sus libros y sus bicicletas. Por sus jardines pasean solamente chicos. Uno de esos días, y por curiosidad, pregunto a un grupo de estudiantes de qué institución se trata y si se puede visitar. Los muchachos muy amables me explican que se trata de un centro de investigación islámica y me señalan una camino lateral diciendo que por allí entran las mujeres. El camino bordea el edificio por la parte trasera y termina en unas escaleras descendentes que dan a una puerta pequeña. Detrás de ella en una sala llena de mesas y de sillas las muchachas están leyendo y estudiando y levantan la cabeza todas a una cuando aparezco por la puerta. Quizá hay hasta cincuenta estudiantes, todas con maqnaeh y además encima el chador. Detrás de un mostrador dos bibliotecarias me instan a acercarme. No sé qué decirles pues no tengo ni idea de qué lugar se trata ya que no me he informado anteriormente, simplemente he visto que era un edificio de arquitectura moderna, que parece construido con muchos medios económicos, de donde salen estudiantes vestidos al estilo islámico iraní post revolucionario, camisa abrochada hasta el último botón del cuello y barba de dos días. Me presento como

escritora de Barcelona que estoy pasando una temporada en Isfahan porque pretendo escribir un libro sobre Irán que será el segundo que escribo sobre este país. He sido muy bien recibida y debo volver a insistir en la extraordinaria manera que tienen los iraníes de acoger a las personas, tan amable y tan cálida. Han salido a saludarme todas las bibliotecarias y la directora de la biblioteca y han comunicado a las instancias superiores, incluso al ayatollah jefe y fundador de mi presencia y él ha dicho que soy bienvenida. Se trata, me cuentan, del centro de investigación islámica Emam Amir Al-mu'minín Alí fundado y dirigido por el ayatollah Al-lamah Hajjí Seyyed Kamâl Faqih Imán, un hombre de cuidada barba blanca, gafas de concha y turbante negro como puedo ver en una fotografía y su título de seyzed indica. Me hacen pasar detrás del mostrador donde las estudiantes no tienen acceso y me enseñan el gran espacio donde se guardan los libros, una parte de los libros porque el resto se encuentra en la zona principal, la reservada solamente al sexo masculino. Una ancha escalera comunica interiormente ambos espacios, el sótano donde nos encontramos con la planta baja y los dos pisos superiores. Me dejan merodear sola entre hileras de libros, en persa y en árabe la mayor parte pero también en inglés y en francés, éstos son principalmente enciclopedias, libros de biología, de química y de ingeniería y algunas novelas de la literatura clásica europea. Me regalan un libro en español publicado por el centro que se titula "Un ramo de flores del jardín de las tradiciones del Profeta y Ahlul Bait[1] (P)" que recoge una recopilación hecha por el director del centro de los dichos de los imanes shiís sobre el matrimonio, el divorcio, las relaciones omerciales, el compañerismo etc.

A la salida unas muchachas que estaban sentadas en la sala de estudio me piden si puedo responder a unas preguntas y libreta y lápiz en mano van apuntando lo que digo. Al cabo de un rato ya somos un grupo numeroso las que estamos en la parte trasera del jardín conversando. Sus preguntas se dirigen principalmente a saber qué pienso del papel de la mujer en el seno de la familia y de la sociedad. Las que me preguntan son muchachas universitarias y todas ellas van con chador colocado encima del maqnaé o toca monjil, ni una lleva sólo pañuelo y abrigo como yo. Les contesto las preguntas de la mejor manera que puedo y la reunión se transforma en una tranquila conversación, casi una clase. Como soy mucho mayor que ellas me tratan con sumo respeto y me escuchan con atención. Veo que todo lo referente a la mujer y a su papel en la sociedad les interesa, que hay en el seno de las mujeres islamistas, y estas lo son, un gran interés por discutir y discernir su papel, un papel que se tornó activo desde antes de la revolución y se ha mantenido así desde entonces, mujeres que buscan un nuevo modelo de actuación diferente del que propone el mundo occidental y siempre insertado y en armonía con la sociedad islámica. Alí Shariatí y el ayatollah Motaharí siguen siendo los teóricos en que se funda este modelo de mujer y a sus escritos me remiten estas muchachas de la misma manera que hacían mis compañeras de universidad hace casi treinta años cuando estudiaba en Teherán y todavía nadie hablaba de la revolución que, sin embargo, se avecinaba; pero la situación ha cambiado, las jóvenes de ahora ya no son las jóvenes izquierdistas de entonces que fundamentaban su acción en el rechazo a occidente, ahora el debate se centra, partiendo del islam, en buscar en el espíritu primigenio de esta religión para llegar a una teorización en defensa de los derechos de la mujer considerablemente mermados en las nuevas legislaciones. Hay ansia de debate, y en este debate hay un espacio para las mujeres en la sociedad iraní actual como lo hay para los jóvenes. Las mujeres islamistas parten de la aceptación de la complementariedad de los sexos en el seno de la familia: el hombre debe proveer para mantener a la familia y la mujer cuidar del hogar y de la educación de los hijos. Pero no aceptan la desigualdad civil y penal. De hecho ha habido en Irán un retroceso respecto de los derechos de las mujeres no sólo desde la época imperial sino a partir de los años 90: Se autoriza la poligamia, se promueve el matrimonio temporal, la mujer debe probar la incapacidad del hombre para mantener a la familia u otras incidencias

contempladas en la ley para conseguir el divorcio mientras que el hombre puede repudiarla sin más, la custodia de los hijos varones recae en el marido a partir de los dos años y el de las niñas a partir de los nueve, se ha rebajado la edad de responsabilidad civil y penal de la mujer a nueve años (el hombre lo es a los quince), edad en que ya se la considera adulta, pero, por otro lado, siempre se la tiene por menor de edad en algunos aspectos como por ejemplo debe pedir permiso a su padre o a su marido para poder tramitar su pasaporte; respecto a la herencia y al matrimonio la mujer vale la mitad que el hombre.

Mientras estamos en plena discusión y cada vez quedan menos muchachas en la sala de estudio, sale a ver qué pasa una mujer que dice ser profesora de la universidad Al Zahra de Teherán, es Zeinab. Ha venido a este centro a buscar unos datos para una investigación que está llevando a cabo. Le comento sobre la charla que manteníamos con las estudiantes y me dice que desde que la mujer ha entrado masivamente en la universidad y en las escuelas religiosas ha adquirido las herramientas necesarias para poder argumentar y proponer otra interpretación al fiq[2]. Ahora hay mujeres expertas en ley coránica que están al mismo nivel que los hombres más expertos y que buscan sin cesar argumentos para poder cambiar las leyes. En Irán ahora se consiguen las cosas argumentando aunque el camino es largo y complicado, me dice. Durante mi charla con las chicas y mientras ellas preguntaban y apuntaban lo que yo decía, me he dado cuenta del interés que tenían por mis palabras, he visto que saben escuchar, que quieren saber más allá del discurso que reciben en sus escuelas religiosas. Mis respuestas se han centrado en dos aspectos fundamentales: igualdad en lo civil y en lo penal e igualdad de oportunidades en la sociedad que le permita una independencia económica. Me han pedido si considero el hejab[3] necesario para el buen funcionamiento de una sociedad, ante esta pregunta tan ingenua, no sé si me están tomando el pelo o, por el contrario he sido tan prudente en mis respuestas anteriores que he dado pie a ello: el hejab no es necesario y les cuento cómo funciona mi familia, una familia normal, como la suya seguramente, una familia en que las mujeres hace sólo dos generaciones que dejaron de llevar pañuelo pues mi abuela de Burgos lo había llevado durante toda su vida, un pañuelo negro que todavía recuerdo. Cuando se lo comento a Zeynab, la profesora, me explica, -el chador me permite poder argumentar con los hombres estando al mismo nivel que ellos, con el chador sólo el cerebro es el que cuenta, sin él no sería así contarían muchas otras cosas que estarían a la vista. Las muchachas que toman notas me dicen que publican una revista femenina que circula por los medios estudiantiles de Isfahan y que incluirán en ella mi entrevista. Antes de marcharme les pido si me puedo sacar una foto con ellas y no aceptan, es la primera vez que me ocurre. Zeynab me da una tarjeta donde pone Doctora en Historia y me propone una entrevista en Teherán, entrevista que debo posponer hasta el próximo viaje a Irán por falta de tiempo. Las estudiantes regresan al interior del edificio junto con Zeynab y cuando ya estoy caminando por el jardín en dirección de la puerta de reja me alcanza una muchacha cuya elegancia me sorprende, nunca había visto un modelo islámico tan elegante ni una chica que resultara tan atractiva enfundada en toca y chador. Viste un traje de chaqueta de corte impecable azul marino con finas rayas blancas de pantalón y levita entallada; calza botín de tafilete azul oscuro con un pequeño tacón, y en la cabeza lleva de color azul lapislázuli un maqnaeh, la toca monjil, que destaca sobre el traje oscuro de rayadillo y bajo el negro chador de crêpe de Chine. La joven es guapa sin discusión y se las arregla para dejar ver debajo del manto lo entallado del traje. Miro a los chicos barbudos que salen con sus bicicletas por la otra puerta del jardín y no veo a ninguno que esté a su altura. Me mira a los ojos y se presenta, esta chica pisa fuerte pienso enseguida, estudia derecho en la universidad. Procede de una familia religiosa de Isfahan que ha aportado clérigos importantes a las madresés de la ciudad. Me comenta que en Irán las mujeres no pueden ser juez y que ella luchará por

conseguirlo. La felicito de todo corazón, seguramente tiene muchas posibilidades para conseguirlo: una familia influyente, una buena educación, una madre también educada que la apoya. Me despido de ella y le deseo que su sombra llegue a ser grande y nunca encoja, me mira sorprendida, me sonrío pícaro y se vuelve como una reina.

Sigo en mi silla apoyada al tronco de la morera, Abbas ya no asoma por la ventana, debe haber terminado de lavar los platos y estará por arriba plegando y desplegando alfombras como de costumbre, todo está tranquilo y en orden como diría Haggi Bâbâ. Me entretengo contemplando la bicicleta y su sombra en la pared de la tapia y cierro de nuevo los ojos para adentrarme en el recuerdo de otra mujer iraní, mi amiga Mitra, la que me acompañó a visitar el cementerio de Teherán hace unas semanas. Me gusta su nombre procedente de la mitología zoroastriana, igual que Anahita, y reflexiono sobre los nombres de pila en Irán. Según el nombre de una persona se puede intuir de qué familia procede, si religiosa o laica, si ligada al islam o por el contrario admiradora de la cultura milenaria de Persia. Durante la época Pahlavi y entre la clase media iraní se pusieron de moda los nombres de antiguos reyes persas, como Shapur, Dariush, de dioses y diosas del panteón zoroastriano como los que he mencionado, de héroes del Shah-nameh, poema épico del gran Ferdowsí, como Rustam. Con la Revolución estos nombres no estaban bien vistos y, en cambio primaban los de los imanes shiís como Alí, Hossein, etc. Después de esta digresión vuelvo a Mitra una mujer moderna. Vive en el norte de Teherán, en una casa construida después de la revolución, con todos los adelantos de la técnica. Es la segunda esposa de un iraní divorciado, ingeniero, que estudió en Europa y que tiene negocios en diferentes partes del mundo. El matrimonio no tiene hijos aunque sí hay hijos del primer matrimonio del marido, casados y a su vez con niños todavía muy pequeños. Mitra había sido estudiante de izquierdas en el instituto y fue azafata de vuelo durante unos años antes de la Revolución. Es una mujer delicada, de un gusto exquisito, que procede de una familia con educación y cultura. Parte de su familia vive en el extranjero y ella viaja con frecuencia a visitarlos o acompaña a su marido en sus salidas de negocios. Mitra es la relaciones públicas de su marido, un hombre mayor que ella, culto, abierto y expansivo, que habla a la perfección varios idiomas, al que le van bien los negocios y que además sabe disfrutar de la vida. Tiene en Teherán un despacho perfectamente decorado al estilo occidental con unos acabados impecables y un personal, hombres y mujeres vestidos como en cualquier oficina moderna de Europa. A Mitra le gusta el arte y tiene muchos amigos artistas por lo que decidió cuando se casó y dejó de trabajar en Iran Air abrir una galería de arte. En ella exponen artistas consagrados y también jóvenes valores, pintores y escultores, y tiene un fondo considerable. Mitra hace verdaderos esfuerzos por conseguir tener una vida propia que no sea ir siempre a remolque de su poderoso marido y como una hormiga, procura compaginar una labor con la otra tratando siempre de no crear conflictos entre ellas lo cual no siempre es fácil. Su marido que está enamorado de ella la trata con condescendencia como si le cediera amablemente una parcela de tiempo y un apoyo para que se distraiga y se sienta realizada pero a ella le es difícil hacerse un sitio entre las profesionales del ramo, en el interior del país porque no está alineada dentro de ningún grupo de los que mangonean en museos y despachos oficiales, ni tiene un mártir o un basijí o un ayatollah en su familia, y en el extranjero porque va por libre y sin el apoyo de las autoridades de su país tendría que disponer de un gran capital para sufragar los gastos que la promoción de obras de arte de un país como Irán representa. Sin embargo hace unos días me invitó a una cena que organizó en mi honor en su casa de Teherán por lo cual tomé el avión y me desplazé por una noche a aquella ciudad. En su piso triplex o cuadrúplex cuyo ventanal en el nivel más bajo se abre sobre una vista de la capital impresionante pues la casa tiene a la ciudad a sus pies, dispuso de un bufet y tres mesas de ocho cubiertos cada una situadas en sendos niveles. Los

muebles son de anticuario, las alfombras cuidadosamente escogidas por su calidad y su extrañeza, los cuadros que penden de las paredes de los más renombrados artistas del país, entre los cuales pinturas de Sohrab Sepehrí, el famoso y muy querido poeta y también pintor iraní que falleció hace ya unos años, la señora Darrudí, una artista que ya era cotizada en tiempo del antiguo régimen y muy apreciada por Farah Diba. En una pared y enmarcados están los contratos de matrimonio de una serie de generaciones de su familia. En otra, fotografías de sus abuelos y bisabuelos en color sepia con marcos ovalados, vestidos como cualquier familia europea de buena posición. En otra pared una colección de caligrafías extraordinariamente bellas. Y por los rincones y al pie de las escaleras que permiten el paso de un nivel al otro del piso, esculturas modernísimas hechas con hierros reciclados del escultor Iasé Tabatabaí y obras de otros escultores que no conozco.

A la cena asisten amigos de la pareja, industriales, científicos, escritores, un cirujano plástico y artistas. En mi mesa se sientan Mitra (su marido está en otra mesa dos niveles más arriba animando el cotarro de las alturas donde se les oye reír), un experto en ordenadores, personaje de aspecto inconfundible por su larga barba gris, que trabaja medio año en Sylicon Valley y medio año en Irán y su esposa una mejicana vestida de rojo con un profundo escote; la señora Iran Darrudí, cotizada pintora que vive a caballo entre París y Teherán, mujer de carácter fuerte y que está más allá del bien y del mal fumando cigarrillo tras cigarrillo y hablando con su voz de cazalla, orgullosa y difícil de carácter que puede ser terrible si alguien le cae mal, el profesor de español de Mitra, un joven radical muy crítico con el régimen, y el médico de cirugía estética que han sentado a mi lado no sé si como indirecta y que me dice que ha operado a la mayor parte de las asistentes a la cena, también la señora... ingeniera industrial y profesora en una escuela técnica de Teherán, experta en alfombras sobre las que ha escrito muchos libros publicados en Irán. En la cena hay vino y se sirven canapés de caviar supongo que en mi honor porque en Irán no es costumbre comerlo, solamente se exporta. En este momento me admiro al estar viviendo una situación tan diferente a la que acostumbro a vivir en Isfahan. Al finalizar la cena converso con una pareja joven muy moderna, él es escultor y ha ganado un premio en Viena este año. Ella me dice que es economista y trabaja en un banco, viven del trabajo de ella pues él todavía no se gana la vida con sus esculturas y han conseguido una casa fuera de la ciudad donde los precios son más baratos y los espacios más grandes pues él necesita un estudio espacioso. Ella va elegantemente vestida y me la imaginaría mejor en Wall street con traje de chaqueta y zapato de tacón que en Teherán con abrigo y pañuelo como supongo que va, él lleva un traje gris de solapa muy pequeña, polo de hilo en vez de camisa y lleva el pelo cepillo tieso y engominado. Metidos en esta burbuja sofisticada nadie diría que estamos en la República Islámica de Irán, tampoco nadie se queja de la situación, simplemente se conversa, se bebe, se come, como si lo de fuera no existiera, es como el cuento de la cenicienta, cuando termine la noche se romperá el encanto, desaparecerán los preciosos vestidos de fiesta y amanecerá un nuevo día con las mujeres de uniforme yendo al trabajo. Estoy obnubilada como obnubilada está Fariba, la hija de unos amigos que me ha acompañado. Es una joven de veintinueve años que trabaja como secretaria en una empresa del norte de Teherán. Había estudiado filología francesa en la universidad pero ya no se acuerda de nada pues el trabajo que hace no tiene nada que ver con esta lengua. No tiene novio y le es difícil conocer chicos con quienes salir, es una muchacha dulce y triste que se aburre en su casa, todavía vive con su familia y no ve que en un futuro próximo esto pueda cambiar. La cena de hoy según me ha dicho ha sido para ella como un cuento de hadas. La han puesto en la mesa con los más jóvenes y la han agasajado.

Marian, Anahita, Zeinab, Mitra y Fariba y, también yo, mujeres en busca de sí mismas, de su lugar en la sociedad y de su parcela de felicidad.

[1] Los doce Imanes de Ahl-ul Bait (la gente de la casa del Profeta), los guías del shiísmo duodecimano descendientes de Mahoma a través de su hija Fatmâ.

[2] Derecho canónico islámico.

[3] Velo islámico.